

DÍA DE MERCADO

Nos encontramos en la plaza del Generalísimo por la que hace sus buenos cinco minutos no ha circulado persona alguna. La quietud y el silencio son absolutos en esta mañana de finales de otoño, jueves día de mercado y bullicio en otros tiempos. Una ligera y fresca brisa de poniente hace cruzar, bastante bajas, nubecillas que ensucian el purísimo azul del cielo. En los soportales de Teléfonos, bajo las caricias del sol y al abrigo de un poste, dormita un perrillo. Al pie de las acacias frente al callejón de la cárcel, una tropilla de gorriones busca por el suelo su ordinaria pitanza. Súbitamente, como si obedecieran a una señal o a un aviso, todos levantan el vuelo buscando refugio en las ramas de las acacias, en las que sacuden y limpian sus picos. No se ha percibido el menor rumor, pero la huida de las avejillas indica la proximidad de algún ser vivo.

Pasados unos segundos entra en la plaza Mariano Bravo “El pajarito”, que con un capazo plegado bajo el brazo izquierdo, se dirige a la tienda para realizar sus diarias compras. Cuando lleva recorridas las dos terceras partes de la calzada, se descuelgan los gorriones de sus refugios aéreos, dejándose caer como gotas de lluvia. La tranquilidad y el silencio vuelven a adueñarse del amplio recinto.

Retrocedamos en el tiempo. Situémonos siquiera en los últimos años del pasado siglo. En condiciones atmosféricas similares, describamos un jueves, día de mercado y bullicio de finales de otoño.

Pero antes convendrá ambientar al lector. El edificio de las actuales escuelas no existía, habiendo en su lugar algunas casas de poca altura, entre las que se encontraban instalados el Pósito y Peso Nacional, unidas a palacio por un recio muro rasgado en su parte más próxima a la esquina de aquel edificio, por una puerta con arco de medio punto, denominado Arco de la Azotea, y que en los días de viento era un suplicio para los viandantes, por la violenta corriente que en ella se formaba. Palacio tenía sendas torres en las esquinas de la fachada, con los mismos adornos que el piso principal, terminadas con veleta.

Hecha esta ambientación pasemos al relato.

Ante el Pósito y Peso Nacional, grupos de aldeanos con sus típicos atuendos, rodean formando corrillos sacos repletos de cereales o leguminosas, para la venta o cambio. Frente a los soportales del Calzadilla, ofrecen sus productos, grandes montones de patatas y cebollas de la huerta de nuestra Villa.

En los poyatos del Arco de la Azotea, al abrigo del vientecillo, un grupo de ancianos contemplan las incidencias del mercado y cuchichean ente ellos. Son las once de la mañana, la afluencia de gentes es grande y mucha la animación en corros y tiendas.

De la confitería de Dionisio Martínez, salen en este momento unas mozas aldeanas saboreando unos merengues, cuya névea blancura contrasta con sus morenas manos. Una de ellas que se ha zampado el suyo en dos bocados, mira con envidiosos ojillos a sus compañeras que los conservan casi intactos. Brilla en sus ojos una chispa de malicia, y moviendo ágilmente su mano derecha, estampa en la cara de una de las mas melindres el merengue, en medio de las risas de todas ellas. La afectada con esta careta no se arredra, y con la punta de la lengua que gira en todas direcciones, realiza la primera limpieza de su rostro.

La zapatería del “Calzadilla” registra la entrada y salida de aldeanos y aldeanas, unos que van a entregar sus encargos para el jueves que viene, otros a recoger lo que ya encargaron.

Se ve igualmente muy concurrida la tabernilla de la tía Elena por los que, terminado el trato, van a celebrar el alboroque con unos tragos de lo caro.

El hervidero de público es la tienda del Ayllón. Gentes que entran y salen sin cesar mientras otros contemplan embelesados las congrias y bacaladas que cuelgan de sus paredes.

Y ¿qué diremos de la tienda de Doña Pascasia, llamada también la tienda del rincón?. A través de los cristales de su puerta se ve en el interior un nutrido grupo de aldeanas, que contemplan extasiadas los pañuelos que se les muestran, últimas novedades de la moda.

La cerería de Don Carlos y la tienda de Don Ramón hacen que la afluencia de público, en los soportales del Ayuntamiento, sea considerable.

Por el callejón de la Cárcel es constante el deambular de los que se acercan a la tienda del Maestro, carnicería de los Mostajos o los Telares. Otros, por la calle del Arco se dirigen a la tienda del Perero o a la de Don Antonio, otros en fin regresan ya con las alforjas cargadas. Todo es trajín y bullicio en estos días. Los corrillos de vendedores en la plaza se ven muy animados y las ventas y cambios están en todo su apogeo. Acerquémonos a uno de los más nutridos. En él se exponen las excelentes alubias de fama en la comarca del Justino de Velilla.

Al llegar nosotros dice el Justino:

- Pus no lo quedris creer, pero dende que tengo uso de razón que venía con mi padre, quen gloria esté, a los mercaus a Medina, siempre hemos sio los quemos abasteció a los vecinos en general, y mu especialmente a los señorones, y que no se quean con unas libras, no, sino que unos la fanega, otros las tres medias, y pua c’algunos las seis, y asinas tos los demás y las pocas que me quean son las que saco pal mercau, pero vamos que las tengo vendias en cuanti que resuelle.

Uno de los del corro ríe socarronamente y un poco para sus adentros, lo que observado por el Justino bastante amoscado le dice:

- Oye tu Crisanto, que lo que yo digo va a misa, ¿de qué te ríes?.

- No es por tu por quien va la risa (responde con gran calma el Crisanto sin dejar de sonreír), sino que pensaba lo fuertes que son las casas de Medina y por eso me reía.

- Pus no veo yo el aquel y lo c’aiga de razón entre mis judías y las casas de Medina (responde el Justino cuya molestia va en aumento al no satisfacerle la contestación).

- Pus porque ves mu poco (contesta con mayor calma si cabe el Crisanto) y no t’ofendas por lo de la ceguera, vamos a ver si no está claro: “entre los aires que siempre asoplan por esta Medina y la tromenta de tus judías que tie c’abela en toas las casas del pueblo... ya es pa extrañar que no s’hundan toas”.

Comprenden los del corro la malicia del Crisanto y ríen de buena gana.

Después de algún comentario jocoso por lo del Crisanto, el Leoncio de Beltejar propone al Justino un cambio de sus garbanzos, lo mejor que se cría, por las alubias de aquel.

Sin responder palabra a tal proposición, introduce el Justino su mano en la faja y extrae un petacón de cuero de color oscuro y forma alargada, que bien puede contener media libra de tabaco, y destapándolo vierte en su mano izquierda

una porción de la aromática planta, y colocando la tapa en su parte inferior la ofrece a los del corro. A seguido vuelve a introducir su gordezuela mano en el “almacén” de la faja y extrae un librito, cuyas tapas de grueso cartón están sujetas por una goma elástica. Soltándola lo abre, y soplando sobre su lomo separa una hoja de papel, que por lo basto, parece de estraza. Coloca la goma en su sitio y retorna el librito a las profundidades de la faja. Después vierte el tabaco que tiene en la mano izquierda en el papel, y aprovechándolo de extremo a extremo, lía el cigarrillo y pasando la punta de la lengua por su borde, no engomado, lo cierra. Vuelve a introducir la mano en la faja y saca los avíos de encender, yesca y eslabón, y hábilmente comunica el fuego a la tagarnina de la que extrae densa humareda gris, y como en ese momento le devuelvan el petacón, aprovecha el “viaje” para depositar todo en el “baúl” de la faja.

Es llegado el momento de considerar la oferta del Leoncio y realizar el trato. Aquí los dejamos en su quehacer y nos dirigimos al Rastro, pero antes bueno será informemos a nuestros lectores nuevamente, sobre la costumbre entonces muy extendida, de embromar a estas sencillas gentes de las aldeas, que por esta causa, si el futuro comprador era de nuestra Villa, se mostraban muy desconfiados, siendo precisamente esta desconfianza la causante de su turbación, y de ahí más fácil el engaño.

La plazuela del Rastro (anteriormente de Bueyes Venden y en la actualidad del Beato Julián de San Agustín) en aquel tiempo era el mercado de ganados de todas clases y animales memores. Solían colocarse los vendedores frente a la fachada de la ermita, por ser el paraje más abrigado y soleado, y delante de los soportales (continuación de los de la plaza) se colocaban los vendedores de aves y animales menores, extendiendo su mercancía sobre mantas de retajas. Al llegar nosotros coincidimos con el Tomás, criado en una de las mejores casas de la Villa, que va acompañado de un amigo llamado Juan. Con vista ejercitada en estos menesteres, recorre el Tomás cuanto se halla expuesto y se detiene ante el puesto de Gorio, de Radona. Tiene este ante sí unas cestas que contienen tres pares de hermosos pichones, ya vestidos, y cuya vista engolosina al Tomás, por lo que dirigiéndose al Gorio, le pide se los enseñe. Saca el Gorio los pichones de las cestas y los coloca sobre la manta. Coge el Tomás una de las aves, la observa, palpa y sopesa. La deja y coge otra, repitiendo las observaciones, y por último dirigiéndose al Gorio le dice:

- Veamos que pides por tus pichones.

Mientras tanto el corro de curiosos ha aumentado considerablemente, pues no en vano tiene fama el Tomás de muy agudo, y pretenden no perder palabra del trato. Por su parte el Gorio, que también conoce al Tomás y su fama, está muy atento y preocupado.

- A seis riales el par (responde el Gorio a la vez que lo mira con desconfianza). Se queda pensativo un poco e Tomás, sin que el Gorio le pierda de vista, y por fin replica:

- ¡Mira Gorio!, para no andar con regateos te voy a ofrecer lo que valen todos, porque quiero los tres pares, ocho reales por los seis.

Recapacita el Gorio con toda tranquilidad la oferta que se le ha hecho, y tras prolongada espera dice:

- Tan gustao los pichones, no lo pues negar, te se ve en la cara, por eso... m'as de dar lo que te pedío.

- Ya te lo he dicho antes (responde el Tomás) que no quiere regatear. Los pichones son buenos, es verdad y me han gustado, y por ello y por saber lo que los aprecia mi amo y señor, es por lo que te he pedido los tres pares y te pago lo que valen, ¡qué digo lo que valen!, más de lo que valen. ¡Escucha! aún no hace tres días estuvimos este (y señala a su amigo) y yo en Romanillos y mercamos diez pares de pichones a dos reales el par, para que veas que te los pago bien.

Amoscado, molesto y disgustado, replica el Gorio:

- Eso no pue ser en dengun mercau, serían robaus.

- ¡Mira Gorio... (responde con mucha flema el Tomás) que no sabes lo que dices!, ni este (y señala a su amigo) ni yo hemos robado nunca, ni Dios lo permita, y en cuanto al Clemente de Romanillos, que tu hace muchos años que conoces y que fue quien nos los vendió, no creo tengas nada que decir.

- Si que lo conogo desde hace muchos años (responde el Gorio), y sé que el Clemente es honrau como el primero y donde los haiga, pero... eso, ese precio... no pue ser de dengun modo, sus los habrá regalau.

- El Clemente tu lo sabes (responde suavemente el Tomás) no regala nada a nadie. Mi amigo y yo los mercamos con nuestros dineros.

Con bastante cólera, que trata de disimular aunque ahogándose, vuelve a hablar el Gorio.

- Te digo y te repito que eso no es precio en dengun mercau.

Se le queda mirando muy atento el Tomás, pero cualquier observador vería que su pensamiento está lejos, y pasado breve espacio reacciona y dice:

- ¡Hombre! ahora que recuerdo... me parece que... al venir aquí he visto al Clemente de Romanillos que entraba en casa del Ayllón, aún puede estar allí, vamos a llamarlo. Pero antes te hago una apuesta, si lo que yo digo y sostiene mi amigo es cierto, nos das los pichones gratis, y si no es verdad lo por nosotros manifestado, te quedas con tus pichones y además te entrego los ocho reales ofrecidos. Si te hace la apuesta, manda a alguno de tu confianza a buscar para que nunca pienses que le hemos dicho algo. Anímate.

El Glorio que ve el cielo abierto y cuya alegría difícilmente puede disimular, envía a un vecino suyo en busca del Clemente.

Mientras vienen se suceden los murmullos entre los circundantes, y el Tomás acercándose a su amigo cambia con él algunas palabras en voz baja.

A poco llega el vecino que envió el Glorio y el Clemente, hombre de buena estatura, enjuto, de color muy tostado por el sol, y al parecer de pocas palabras. Al hallarse en el corro da unos secos "buenos días" sin fijar la atención en nadie.

Antes de que el Glorio pueda despegar los labios, toma la palabra el Tomás y dirigiéndose al Clemente le dice:

- ¡Oye Clemente! te hemos llamado para que des fe de lo que le hemos dicho al Glorio y no se cree. Le hemos dicho que aun no hace tres días estuvimos en tu casa este amigo y yo, y te mercamos diez pares de pichones a dos reales el par, y cuando lo ha oído el Glorio dice que no puede ser, que serían robados. Oír esto el Clemente y volverse gris su tez morena fue todo uno, y dirigiéndose al Glorio, echando lumbre por los ojos a la vez que levantando airado un brazo en ademán de pegar, borbotea estas palabras:

- Me conoces de ha tiempo Glorio y nunca habrás oído que ni el Clemente ni denguno de su familia haiga robau a nadie na, y no te rompo la caeza... no se porque. Lo que dice el Tomás es tan cierto como que hay Dios, yo le vendí diez

pares de pichones a dos reales el par, y eran míos y muy míos, y no robaus como tu dices.

Completamente aplanado el Glorio al ver el mal cariz que toma el asunto, humildemente se dirige al Clemente y le dice:

- No lo tomes a mal Clemente, que yo cuando lo dije no sabía que eras tu el que los había vendió... y sino que lo digan los presentes.

Todos los circundantes se apresuran a informar al Clemente del desarrollo de los hechos, haciéndole ver que el Glorio, como el dice, no sabía quien había sido el vendedor... con lo que se va calmando la excitación del Clemente.

El Tomás pasado algún tiempo, se dirige al Glorio con la amabilidad de siempre y poniendo más miel en sus palabras, dice:

- Has perdido la apuesta Glorio, los pichones son míos.

Se agacha y va recogiendo uno a uno los palomos que entrega a su amigo, el que los introduce en un taleguillo que traía.

En esto interviene uno de los del corro, un anciano de blancos cabellos, tez de color terrosa, robusto y fuerte a pesar de la edad, quien con cólera mal contenida, dirigiéndose al Tomás dice:

- He estau presente tol tiempo c'adurau la replica entre tu y el Glorio, y sin ofender a naide, ni al Clemente ni a vusotros, sus digo que el Glorio tie toa la razón, y que el precio que os ha cobrau el Clemente es de favor, y no hay quien mapee dello (al terminar la frase golpea fuerte en pie derecho contra el suelo).

El socarrón del Tomás, que hartó ha de hacer para dominar la risa que pugna por salir a borbotones, al ver que su estratagema le ha permitido llevarse los pichones muy baratos, con aires de persona distinguida y como quien hace un gran favor, se dirige al Glorio y le dice:

- Para que veas Glorio que no te quiero mal, y aun habiendo ganado la apuesta como todos han oído y visto, ahí van tus ocho reales por los tres pares de pichones, y ahora vente con nosotros, y tu también Clemente, y Ud.

Dirigiéndose al anciano que defendió al Glorio, vamos a echar un trago ahí, en la tabernilla de la tía Elena, pago yo.

El Glorio, que veía sus pichones tan lejos como pueda hallarse una nube que pasara quince días antes a impulso de fuerte brisa, asombrado por la merced recibida, queda mirándole como abobado. Tras un corto espacio reacciona, echa precipitadamente mano a la faja y extrae la "piel de gato", la desdobra y vierte en su fondo los ocho reales, la pliega e introduce nuevamente en la faja, y sin decir palabra da media vuelta y se dirige al montón de su ropa, y de las alforjas extrae una bien hendida bota que ofrece al Tomás y a su amigo, los que le dan un buen tiento. Después la pasa al Clemente que también acepta el convite, y por último al anciano que le defendió. Está más contento que chico con zapatos nuevos.

Todos los presentes alaban la actitud del Tomás. Este escucha indiferente sin darle importancia a nada. Un poco antes de retirarse con su amigo, dirigiéndose al Glorio de modo que todos lo oigan, le dice:

- En parte llevas razón Glorio por lo del precio. Este, y señala al Clemente, nos vendió diez pares de pichones a dos reales el par, pero... eran casi recién nacidos y para un remedio.

Ante lo chusco del caso todos ríen de buena gana, no siendo el que menos lo hace el Glorio, y bastante fuerte por cierto.

Continúa la animación en el mercado, los tratos se suceden, las ofertas pronunciadas en voz alta y los murmullos de los circundantes, forman un rumoreo intenso que cesa de pronto al oírse el toque de alzar, en la misa del Señor Arcipreste. Cada uno queda en la actitud y el punto en que le sorprendió la campana. Los hombres se descubren, las mujeres inclinan la cabeza musitando una oración. Lentas, graves, cadenciosas van desgranándose las campanadas del toque de alzar. Terminado este se reanuda la actividad en el mercado. Hacia la herrería del Remigio se oyen acompasados golpes de mazo sobre el yunque.

A medida que pasa el tiempo, van saliendo de las alforjas los torreznos, tallos, filetes de lomo, con que reponen sus fuerzas los mercaderes.

El vientecillo que reinaba en las primeras horas del día ha ido aumentando en velocidad, impulsando grandes nubarrones que van cubriendo el cielo y oscureciéndolo, acabando por velar completamente la luz del sol, con lo que la atmosfera se va refrescando en demasía, en este jueves de finales de otoño. Hacia las dos de la tarde son ya grandes los claros en los puestos, así en la plaza como en el rastro. Los de la Villa recogen ya sus productos y también aparejan muchos de las aldeas. Por las puertas de la Villa, del Coz y del Diablo, caravanas de aldeanas y aldeanos a caballo sobre las bestias de carga, ellas con las sayas sobre la cabeza dejando al descubierto los gruesos y rojos refajos, y ellos envueltos en sus pardas anguarinas, se dirigen en busca de sus lejanos hogares.

A las cuatro de la tarde ya no queda puesto alguno, y los pocos rezagados que aún transitan, se apresuran cuanto pueden. Según se va acercando el ocaso el frío va en aumento. En las tiendas, al bullicio y jaleo del público aldeano ha sucedido otra actividad, la recogida de los géneros que forman grandes montones sobre mesas y mostradores. Mientras la dependencia se ocupa en estos menesteres, los dueños se dedican a anotar las ventas a crédito (casi único medio del comercio en aquellos tiempos), en grandes libretas de apergaminadas tapas.

Iniciada la penumbra se van encendiendo los faroles del alumbrado público, y los quinqués en tiendas y domicilios particulares.

A la actividad del día ha sustituido una relativa calma, y a los aldeanos y aldeanas un público formado por las muchachas del servicio doméstico, que acuden a las tiendas a realizar las últimas compras del día, y acompañadas de sus galanes, aprovechan este asueto en su diaria labor para dedicarse a sus escauceos amorosos.

El “toque del calzón” es el anunciador del recogimiento. Las tiendas cerraron ya sus puertas y van apagando sus quinqués. El silencio y la oscuridad se adueñan de calles y plazas, solamente los faroles del alumbrado público, con sus macilentas luces, pretenden rasgar en un pequeño espacio la negrura, facilitando una relativa seguridad a los noctámbulos.

En los soportales de la confitería un grupo de mozos se prepara para rondar, pues que llevan un buen rato tratando de poner los instrumentos a tono. Han debido conseguirlo ya, porque en este momento lanzan al aire los alegres y vibrantes sonos de la jota, y se ve tras los músicos, que se dirigen hacia el centro de la plaza, la compacta masa de mozos que los siguen batiendo acompasadas palmas.

A poco se escucha una voz varonil y bien templada que canta:

Adiós plaza de Medina
Portales del Ayuntamiento
Adiós mi Virgen del Carmen
Que me voy al regimiento

Continúa la ronda su andadura por el callejón de la cárcel llevando sus alegres sonos, la inquietud y la esperanza a corazones femeninos, que disimuladas en las ventanas esperan el paso de los rondadores.

Un cuarto de hora después, saliendo de los soportales del Ayuntamiento, hace su entrada en la plaza el sereno que cubierto con oscura capa, portando en su mano derecha un chuzo y en la izquierda un farol encendido, con mesurado paso se dirige hacia el centro de la plaza, y a poco vocea:

Alabado sea Dios
Por siempre sea alabado
Las diez... en punto y nublado

Endereza sus pasos hacia la Cruz de San Gil para iniciar su recorrido cantonal, durante toda la noche, dando a conocer al vecindario la hora y el estado de la atmósfera.

Medinaceli, octubre de 1964
Antonio V. Dauder Ramírez